

**ROJAS GUARDIA, A. (1999). *CRÓNICA DE LA MEMORIA*.
CARACAS: FONDO EDITORIAL ANGRÍA.**

Reseñado por Álvaro Mata
Universidad Central de Venezuela
alvaromata8@hotmail.com

Los ensayos de Armando Rojas Guardia constituyen un cuaderno de bitácora de sus procesos vitales, a través de los cuales ha podido recorrerse y verse. Muestra de ello es *Crónica de la memoria*, un texto sincero hasta el extremo, conmovedor hasta el hartazgo, poseedor de una ética inquebrantable.

Aunque bajo el rótulo de «crónica», nos encontramos ante un ensayo autobiográfico que traza un arco vital que se extiende desde los primeros recuerdos de Rojas Guardia frente al árbol de Navidad de la infancia, hasta el hallazgo del «afecto deseante, o el deseo afectuoso» (1999: 162) encarnado en la figura masculina, pasando por el descubrimiento de la vocación literaria y las temporadas en el infierno del sí mismo.

Si *Crónica de la memoria* a ratos se torna demasiado autorreferencial, o toca fibras muy íntimas que pudieran considerarse fuera de lugar en el ensayo, ello vendría dado por el rigor académico que ha tomado este género últimamente, donde cada vez más se tiende a una prosa genérica, sin color, sin olor, y los temas son abordados como meros objetos que deben ser diseccionados cual cosa muerta, olvidando su verdadera esencia: el autor debe exponerse, mostrándose y arriesgándose.

Ante tan estéril panorama, lo que se intenta en los párrafos siguientes es hacer una lectura de *Crónica de la memoria* que ponga de relieve algunas características propias de la pulpa ensayística de Rojas Guardia, a través de cuatro grandes ejes temáticos, que pueden ser rastreados en otros dos libros de ensayos suyos, *El dios de la intemperie* (1985) y *El calidoscopio de Hermes* (1989), pues como anota el autor, «con el tiempo, he llegado a comprobar que, en materia

ensayística, llevo diez años escribiendo un solo texto, cuya pluralidad de temas -poco numerosa, por lo demás- no desmiente, sino apenas ramifica, su unidad de enfoque». Estos ejes son: la religión, el cristianismo; la vocación de escritor, la literatura; el homoerotismo, el cuerpo deseado y deseoso; y los procesos psicóticos. Entremos en esta trama.

DEL CRISTIANISMO Y SUS ALREDEDORES, SÚBITO

A los ocho años fue el primer contacto del joven Armando con la religión, encarnada por los jesuitas, cuando fue inscrito en un colegio perteneciente a esta orden. De padre abiertamente agnóstico y madre sin mucha raigambre católica, el colegio significó el descubrimiento de una nueva espiritualidad que se le vino encima de golpe. Ese «Alguien», la «Presencia» sin rostro ni forma, como llama a las primeras sensaciones de lo sagrado, irán madurando hasta transmutarse en el «tú» reiterado de su obra ensayística y poética, al que apela constantemente, como el ya canónico «tú» del «Poema de la llegada» —«Cuando tú vienes,/ tú el vacío el nada el ya/ el que yo no sé su nombre» (2004: 59)— o en el «tú» interpelado frecuentemente en *El dios de la intemperie*—«¿Quién eres, tú sonoro al fondo de mí mismo?» (2006: 19).

Al reflexionar sobre esta presencia, Rojas Guardia anotará que se trata de «un Tú siempre anterior al Yo, y por eso eternamente interpelante, cuya salida a nuestro encuentro es el descubrimiento auroral, el hallazgo que da inicio a la vida de la conciencia» (*idem*: 29). Es un Tú que obliga al Yo a verse en su justa medida, para evitar su deificación.

Siguiendo en la temprana juventud, no pasó mucho tiempo para que esa «Presencia» tomara forma y nombre: Jesús; y con él, su doctrina, pero entendida crítica y hondamente. Así, la confesión se convierte en la contracara del pecado: no puede haber la absolución de uno sino media la otra. A lo Dostoievski, sólo mostrándose, exponiéndose, se puede expiar la culpa, noción que se ha convertido en dura piedra de toque para Rojas Guardia; he aquí, entonces, una posible explicación al tono confesional de sus ensayos, a tanta sinceridad desbordada, sin poses ni falsos rubores: expía sus culpas confesándose a través de la literatura; y a este propósito debemos

recordar, con María Fernanda Palacios, que «la literatura nunca es sólo literatura» (2004: 7).

Junto a la confesión, la oración y la meditación configuraron «la épica espiritual apropiada» (Rojas Guardia, 1999: 103) que, aunada a decepciones religiosas de carácter institucional, lo impulsan a abrazar por entero la carrera de las letras, trinchera convertida en palacio de papel, sólido como un muro de piedras cocido a fuego que el viento derriba. Veamos.

LA VOCACIÓN: «QUIERO SER POETA», *BRIOSO*

Herederero de la pasión libresca inculcada por su padre, el también poeta Pablo Rojas Guardia, la lectura significó para Armando el detonante de «prejuicios y rejillas mentales» (1999: 32) que la religión poco contribuía a aminorar.

Acerca de su relación con los libros, Rojas Guardia, interpelándose a sí mismo, (se) (nos) confiesa:

Nada te era ajeno y, caminando sobre la cuerda floja de cada lectura peligrosa, aprendiste que un libro puede transformar en unas cuantas horas la concepción del mundo de una conciencia y precipitar a ésta en verdaderos abismos del conocimiento, troquelando inéditamente la sensibilidad y ensanchando o recortando de modo ascético la capacidad sensual de un hombre. (*idem*: 34)

Cual trozo de cera moldeable, la conciencia del escritor se dejó hacer entre libros que no eran letra muerta, sino palabra viva, lacerante. Con llamadas de lecturas bien dirigidas, Rojas Guardia reorientó su cristianismo, entroncándolo con la literatura, sin que uno excluyera a la otra, asumiendo «la poesía como un sacerdocio (...) El poema vino pronto a suplantar a la oración en tu existencia cotidiana» (1999: 93-94), declara. La relación con Dios, «sin dejar de ser orante, empezó a atravesar el tamiz que le ofrecía la poesía, adquiriendo otras formas de realización: esta vez las estéticas, las artísticas» (*idem*: 88-89).

Una nueva sensibilidad se cimentaba en

el amor incondicional por la forma, la pasión por la arquitectura verbal, por los dibujos y los arabescos mentales que se consiguen cuando uno dice bien, al ritmar la música del pensamiento con las oraciones cortas y largas, con los puntos y las comas, con todo el entramado vivaz y sonoro de la sintaxis. (*idem*: 42)

Toda una orquesta barroca dispuesta bajo la batuta de este René Clemencic del ensayo, quien afirma sin reticencias en *El calidoscopio de Hermes*:

mis textos quieren ser, a conciencia, máquinas retóricas lo suficientemente bien diseñadas y lubricadas como para generar ese tipo específico de densidad mental que no se manifiesta sino a través del lujo sinfónico de la lengua. Un estado de conciencia es denso cuando el lenguaje que lo teje extrema sus posibilidades. Tal extremo no puede ser sino opulento. (2006: p. 125)

Rojas Guardia acusa la peligrosa despersonalización del texto literario, ese cuya autoría puede adjudicarse a cualquiera, pues se trata de una prosa aséptica, sin sabor ni saber:

Hay quienes prefieren, en materia de prosa y poesía, una pulcra higiene de hospital; yo me inclinaré siempre, en el juego lingüístico, hacia el cromatismo de un mercado del trópico, suntuoso dentro de su abigarramiento de sensaciones sinestésicas, sudorosamente opulento como la vida. (2006: 127)

La literatura es pulso, plasma, sangre. Se encarna en el cuerpo y tiene sus mismos límites y resonancias. En el cuerpo se refleja, se refracta; en ese soberano muchas veces desconocido. Entremos en tan complejo terreno.

Una de las experiencias vitales más importantes de Rojas Guardia que puede rastrearse en su escritura es la relación y conjunción entre lo sagrado y lo erótico, entre la divinidad y el homoerotismo.

Dejándose llevar por el tempo confesional de su ensayística, cuenta uno de sus tempranos encuentros homosexuales. Se trata de un «éxtasis contemplativo» al fijarse en un joven compañero del liceo; según él, era la representación del amor, puro, bueno, incontaminado. «Dios tiene que amar este amor», se dijo. Y estaba en lo cierto. Pero pasarían años para volver al amor así entendido; mediarían muchos encuentros en bares y baños clandestinos, hasta emprender la ardua batalla de «asumir íntegro el deseo, pero refinándolo, esmerándolo» (1999: 62). Ahora

la ternura erotizada, y no el escueto diapasón genital, envolvía tu acercamiento sensible a la masculinidad corpórea, ternura espontáneamente dispuesta a emocionarse ante una configuración gestual. El color de unos ojos o cierto modo visible de aproximarse a un objeto o de reír. (*idem*: 58)

Como en la escritura, en el amor también se debe lograr un equilibrio entre la ética y la estética, con todas las dificultades que implica. Por tanto, Rojas Guardia rechaza el acto sexual como mera excusa para alcanzar un fin, olvidando que tan importante como la llegada, es el trayecto (¿no era eso lo que proponía Cavafy en su poema «Ítaca»?). Así lo explica:

Me cuesta entender la reducción del fenómeno erótico a esa celebración ligera que preconiza nuestra época. ¿Cómo no va a haber ascenso o descenso espirituales en la relación sexual del hombre? ¿Cómo va a ser el erotismo mero divertimento? Encarar la experiencia erótica bajo la forma del simple chisporroteo de gozo equivale a olvidar todo el amplio espectro de matices que engloba la sexualidad humana. (2006: 142)

Rojas Guardia sabe que una de las maneras por las que se puede alcanzar la plenitud es atendiendo, sin inhibiciones, las voces del cuerpo explorando los tesoros ocultos que tiene para ofrendarnos. Asumiendo la mística erótica que ha venido construyendo en su vida y en su literatura, puede hablarnos de (desde) «un cuerpo vivenciándose sin bloqueos, sin trabas, sin prejuicios, sin cortapisas intelectuales o morales, sensible hasta el extremo, de lágrimas fáciles, plenario por su propio ímpetu vital» (1999: 63).

Se trata del cuerpo físico, con límites y forma -Apolo rigiendo-, conviviendo plenamente con el cuerpo psíquico a través de la escritura. Recordando, de nuevo, a María Fernanda Palacios: «Hacer cuerpo es hacer límites. *Ensayar* es una manera de hacer cuerpo y conocer nuestros límites» (2004: 104).

Pero si el cuerpo guarda tesoros que ofrendar, también encierra monstruos que sólo necesitan una rendija para escaparse y hacer de las suyas. En este caso, los susurros del cuerpo se convierten en gritos atronadores. Echemos un vistazo a este Leviatán.

EL ASCENSO DEL HADES: «MUNDANÍCESE, ARMANDO», RONDÓ

Armando Rojas Guardia es uno de los pocos escritores venezolanos que ha atravesado severas crisis psíquicas y ha sido capaz de dejar un testimonio coherente y ajustado a esa experiencia en su escritura ensayística, especie de cable a tierra que impide que una «noche oscura» se apodere totalmente de él. Son esos padecimientos los que impulsan una obra tan preclara en cuanto al hombre y el espíritu, pues del charco del sí mismo, y en medio de la antiterapéutica que representan los «modernos» hospitales psiquiátricos, ha logrado salir airoso para contarnos su testimonio:

Los gritos, ciertas conversaciones con compañeros esquizofrénicos: su lenguaje cargado de metáforas, un criptograma apasionante, mi desdén por todos al llegar pero después: «ese psicótico es mi hermano», mis amigos marginados, ay, compañeros de este viaje en las últimas fronteras de lo humano, almorzando conmigo, frente a frente la ternura aquí vamos, *stultifera navis* de amigos extrañísimos,

navegando por el infierno de la conciencia, hacia el purgatorio y el paraíso. (2006: 73)

Esta personalísima interpretación de los padecimientos psíquicos se puede rastrear en esa otra bitácora vital que es *El dios de la intemperie*: «En contra de cierta banalidad psiquiátrica convencional, estoy igualmente convencido de que mucho de lo que ésta llama ‘enfermedad’ es una forma de lucidez» (*idem*: 69). Y *El calidoscopio de Hermes* gira y muestra siluetas que hablan de la «paz inapelable» lograda a través de la «auténtica plegaria», gracias a la cual «no me he vuelto loco y me mantengo vivo» (*idem*: 204). Es decir, aquí el cristianismo funge como catalizador, otra vez, de sus experiencias más profundas.

La poesía y los ensayos de Rojas Guardia constituyen un locuaz y raro ejemplo de cómo la escritura puede ayudar a mantener a raya la locura y sacar de ella el mayor provecho. A eso se refiere el filósofo José Rafael Guillent Pérez, cuando dice que: «Hay que perder la razón para descubrir la realidad. Pero esa pérdida de la razón no produce descalabro, sino al contrario, una lucidez mayor» (1972: 245). Como lo propone el mismo Rojas Guardia, la locura es «una ocasión para leer criptográficamente mensajes ontológicos que sólo ella devela» (2006: 129), y reconoce

cuánto purgatorio de limpieza ha significado para mí la enfermedad, cuánto le debo a su árido espacio, a sus cielos llameantes y a su suelo de cristal de roca donde a menudo apunta una nueva correlación de mis fuerzas psíquicas y un nivel superior de conciencia. (*idem*: 43)

En *Crónica de la memoria* (1999) se refieren las primeras reclusiones psiquiátricas, ocurridas a partir de la muerte de sus padres, y las respectivas curaciones gracias al que fue su Virgilio por los intrincados laberintos psíquicos, el psicoanalista Rafael López Pedraza:

Para aquel terapeuta, no se trataba de intentar salir con ímpetu compulsivo del estado depresivo, sino

por el contrario de sumergirse voluntariamente en él, lo cual proporcionaba a la psique una bienhechora lentitud, un ritmo interno parecido a lo que en música se denomina *largo*, cadencia aleccionadora que el mito de la velocidad roba a las posibilidades mentales del hombre contemporáneo. (p. 130)

Hay que decirlo: el paciente psiquiátrico es, antes que nada, una persona *viva*, vivísima, extremadamente sensible, un caracol fuera de su concha. Y así nos lo hace ver Rojas Guardia al presentarnos el desalmado tratamiento dispensado por la institución psiquiátrica, en contraposición al ofrendado por el terapeuta junguiano, especie de salvavidas que mantuvo a flote las psiques más descollantes de nuestro país. Con López Pedraza —«maestro del espíritu», todo terapeuta debe serlo inevitablemente, afirma Rojas Guardia (2006: 70)— las cosas eran de otra manera: se volvía la mirada sobre los antiguos mitos clásicos para explicarnos a nosotros mismos. La atención, la detención y el respeto por las emociones constituyeron una eficaz terapia para las tempestades psíquicas de nuestro ensayista. No un frío consultorio, ni una humillante inyección en el cuello; sino una conversación caminando por la calle, o a la luz dorada de unas cervezas. Al fin y al cabo, eso es la vida, eso es el mundo, ¿no? Por lo tanto, un «Mundanícese, Armando, mundanícese», fue la terapia sugerida. «‘Mundanícese’ quería decir: ‘corporifíquese, sea más natural, más orgánico, permita al polo femenino de su alma acercarlo a la materialidad del mundo con mayor densidad emotiva’» (1999: 133).

Pocas veces ha sido tan humano el psicoanálisis como lo fue con Rafael López Pedraza, maestro...

DEFENSA DEL ENSAYO, CODA

En tiempos gobernados por tecnicismos, sería necesario recordar al Señor de la Montaña, quien se empeñaba en mostrar su «andar natural y ordinario, por desgarrado que sea. Déjome llevar tal y como estoy; por ello no hay aquí materia que no esté permitido ignorar o hablar de ella de forma casual y temeraria» (de Montaigne, 2007: 10). ¿No es esto lo que hace Rojas Guardia en su libro? Dejarse

llevar, dejarse hacer, mirarse mirar un objeto, abordar cualquier tema por vulgar que parezca, perfilarlo, eternizarlo con el más elaborado de los lenguajes, uno de piedras preciosas y ricos entramados de hilos de oro y plata. Una escritura que, siguiendo a Mariano Picón Salas, le ha permitido «ser más avisado, más tolerante y más libre» (1983: 621); a la vez que deja como legado a la literatura una fresca bocanada de oxígeno que le viene bien al género en nuestros días.

REFERENCIAS

- Guillent Pérez, J. R. (1972). *El hombre corriente y la verdad*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca Central del Instituto Pedagógico de Caracas.
- Montaigne, M. de (2007). *Los ensayos*. Barcelona: El Acantilado.
- Palacios, M. F. (2004). *Sabor y saber de la lengua*. Caracas: Otero ediciones.
- Picón Salas, M. (1983). *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, M. *Obra completa. Ensayo*. (2006). Mérida: Ediciones El otro, el mismo.
- Picón Salas, M. *Obra completa. Poesía*. (2004). Mérida: Ediciones El otro, el mismo.
- Rojas Guardia, A. (1985). *El Dios de la intemperie*. Caracas: Mandorla.
- Rojas Guardia, A. (1989). *El calidoscopio de Hermes*. Caracas: Alfadil.
- Rojas Guardia, A. (2004). *Obra poética*. Mérida: Mérida: El otro, el mismo.
- Rojas Guardia, A. (2006). *Obra completa: ensayo*. Mérida: El otro, el mismo.